



Inserto Especial

JESÚS MARTÍN-BARBERO
Poner este roto país a comunicar

Poner este roto país a comunicar*



Una larga y fecunda amistad intelectual y académica

Fue en 1978, en la Universidad de Lima, cuando Joaquín Sánchez, decano de Comunicación de la Universidad Javeriana, se convirtió en mi cómplice por primera vez, y me ganó para esta universidad. Invitado como ponente al Encuentro de Facultades de Comunicación en el que se gestaría Felafacs, los otros decanos colombianos presentes me hicieron llegar su malestar y protesta porque un extranjero, un no colombiano, estuviera representando a Colombia. Y

.....

* En el otorgamiento del Doctorado Honoris Causa por la Universidad Javeriana.

fue el padre Joaco el único colombiano que vino en mi ayuda, a explicar a los demás que los cinco ponentes que tuvo ese encuentro no habían sido escogidos en representación de los once países presentes, sino a título personal, por la Universidad convocante.

Así, los largos años de amistad y de trabajo, de búsquedas y luchas compartidas, se iniciaron en aquel ¡gracias! De eso está hecho mi agradecimiento de hoy a la Universidad Javeriana, en cabeza de su rector, padre Gerardo Remolina; a su Consejo Directivo; a Jürgen Horlbeck, decano de la Facultad de Comunicación y Lenguaje, y a los profesores de la Facultad de Comunicación y Lenguaje, con quienes quiero compartir especialmente este doctorado, ya que por su generosidad debo contarme hoy entre ellos.

Y puesto que es una larga aventura de caminos andados con esa Facultad lo que me vincula a la Universidad Javeriana, hagamos una pequeña memoria de ésta. Un año antes de ese ‘encuentro’ en Lima, yo había participado de la creación, en Caracas, de Alaic, la Asociación Latinoamericana de Investigadores de Comunicación, de la que al año siguiente sería nombrado presidente, y, en 1981, las Facultades de Comunicación de la Javeriana y la Universidad del Valle cumplirían un papel importante en la creación y puesta en marcha de Felafacs —de la que Joaquín Sánchez sería el primer y más duradero presidente— y también de la Asociación Colombiana de Facultades de Comunicación (Afacom).

No puedo olvidar la ‘llave’ que hice con Joaquín Sánchez, para que en los estatutos de Afacom quedara explícito el rechazo a su instrumentalización burocrática o política y su dedicación exclusiva a la cualificación académica de su campo de estudios y al estímulo de la investigación. En 1980, la Javeriana celebró la Primera Semana Internacional de la Comunicación, en la que presenté, y en cuyas memorias salió publicado por primera vez el texto base de mi trabajo conceptual: “Retos a la investigación de comunicación en América Latina”. Ese mismo año dicté en esta universidad mi primera y polémica conferencia para alumnos y profesores de comunicación “Perder el objeto para ganar el proceso”, que saldría publicada en el primer número de su revista *Signo y Pensamiento*.

Acompañé de cerca la gestación de la Maestría en Comunicación, hasta el punto de llegar a pensar en abrirla conjuntamente entre la Javeriana y la del Valle, proyecto que las diversas burocracias dieron al traste, pero que se revivió años después, en complicidad con el decano Gabriel Jaime Pérez, para el proyecto de un doctorado conjunto de nuestras dos universidades con las de Lima y la Iberoamericana de México. Profesor invitado año tras año a dictar un seminario en la Maestría, participé también activamente en el diseño de la Cátedra UNESCO de Comunicación, de la que fui catedrático inicial y en la que he participado frecuentemente.

No puedo terminar este corto recuento de los muchos trabajos desarrollados con esta Universidad sin nombrar otros dos: la realización tanto del seminario con el que Felafacs celebró en 1991 sus primeros diez años, y que dedicamos a *Comunicación y Ciencias Sociales*, como el Encuentro Latinoamericano de 1994, en Cali. Son 27 años los que se dan cita esta tarde en mi agradecimiento más hondo por todo lo que la Universidad Javeriana ha significado en mi vida de acompañamiento, solidaridad y generosidad.



De dónde vengo y del escalofrío epistemológico que convirtió al filósofo en investigador de la comunicación y las culturas

La aventura por los senderos de la comunicación —que me ha traído hasta aquí esta tarde— tiene un largo y venturoso recorrido, que me fue llevando de la pequeña y medieval ciudad de Ávila a Colombia, en 1963; de Bogotá a Bruselas, en 1969, y a París, dos años después. De vuelta a Colombia, en 1973, y dos años después del altiplano bogotano a la tropical Cali, la ciudad de mi más larga estadía. Después vinieron mis etapas de un año en Madrid y en Puerto Rico, justo cuando “se cayó el muro de Berlín”, y de un semestre en Barcelona y Pittsburgh. A mediados de 1996, mi jubilación me llevó de vuelta a Cali y a Bogotá, y, en el 2000, el impensado exilio, me llevó a estar durante dos años en la mexicana Guadalajara.

Lo que ese periplo marca no son meras etapas de un viaje, sino verdaderas transformaciones, tanto de la experiencia como del lugar desde donde se piensa, se habla y se escribe. Transformaciones todas ligadas a mi empeño por ver en América Latina más que un lugar donde se conservan diferentes y exóticas prácticas de comunicación, sino un verdadero espacio desde el que pensamos diferentemente las transformaciones que atraviesan las sociedades y los modos de comunicar hoy.

Y entre las desterritorializaciones y relocalizaciones de mi trabajo hay una que trastornó radicalmente mi sensibilidad: mi marcha a mediados de 1975 a tierra caliente, a Cali. El trópico caleño fue el verdadero lugar de reencarnación del mí filósofo en estudioso de la comunicación y la cultura. Me estoy refiriendo a la construcción colectiva de un Departamento de Ciencias de la Comunicación en la Universidad del Valle, capaz de dar acogida no tanto formalmente curricular, sino mental y cultural a la nueva sensibilidad del montón de jóvenes que querían formarse para ‘comunicadores sociales’ sin dejar de ser caleños.

A los pocos meses de iniciar la puesta en marcha del Departamento y el Plan de Estudios de Comunicación, me vi enfrentado a una experiencia de *iniciación la cultura cotidiana del mundo popular caleño*,

que transformó mis muy racionalistas convicciones y mis acendradas virtudes ‘críticas’. En una ciudad en la que una película que durara tres semanas seguidas en cartelera constituía un récord, había una que los estaba batiendo todos, *La ley del monte*. Empujado por la intriga de su éxito, que la convertía en un fenómeno más que sociológico, casi antropológico, un jueves a las seis de la tarde con algunos otros colegas de Univalle me fui a verla. La proyectaban en el Cine México, situado en un barrio popular del viejo centro de la ciudad, y la sala se encontraba llena, sobre todo de hombres. A poco de empezar la sesión, mis colegas y yo no pudimos contener las carcajadas, pues sólo en clave de comedia nos era posible mirar aquel bodrio argumental y estético que, sin embargo, era contemplado por el resto de espectadores en un silencio asombroso para ese tipo de sala.

Pero la sorpresa llegó pronto: varios hombres se acercaron a nosotros y nos increparon: “o se callan, o los sacamos”. A partir de ese instante, y hundido avergonzadamente en mi butaca, me dediqué a mirar no la pantalla, sino a la gente que me rodeaba: la tensión emocionada de los rostros con que seguían los avatares del drama, los ojos llorosos no sólo de las mujeres,



sino también de no pocos hombres. Y entonces, como en una especie de *iluminación profana*, me encontré preguntándome: ¿qué tiene que ver la película que yo estoy viendo con la que ellos ven? ¿Cómo establecer relación entre la apasionada atención de los demás espectadores y nuestro distanciado aburrimiento? En últimas, ¿qué veían ellos que yo no podía/sabía ver? Entonces, una de dos: o me dedicaba a proclamar no sólo la alienación, sino el retraso mental irremediable de aquella ‘pobre gente’ o empezaba a aceptar que allí, en la ciudad de Cali, a unas pocas cuadras de donde yo vivía, habitaban *indígenas de otra cultura muy de veras otra*, casi tanto como la de los habitantes de las islas Trobriand para Malinowski.

Sentí que si lo que sucedía era esto último: ¿a quién y para qué servían mis acuciosos análisis

semióticos y mis lecturas ideológicas? A esa gente no, desde luego. Y ello no sólo porque esas lecturas estaban escritas en un idioma que no podían entender, sino sobre todo porque la película que ellos veían no se parecía en nada a la que yo estaba viendo. Y si todo mi pomposo trabajo desalienante y ‘concientizador’ no le iba a servir a las personas del común, a ésas que padecían la opresión y la alienación: ¿para quién estaba trabajando? A esa experiencia la llamé pomposamente tiempo después *un escalofrío epistemológico*. Un escalofrío intelectual que se transformó en convicción ética: *la necesidad de cambiar el lugar desde donde se formulan las preguntas* para que mi trabajo pudiera tener resonancia social. Y de ahí el desplazamiento metodológico indispensable, hecho a la vez de *acercamiento etnográfico* y de *distanciamiento cultural*, que permitiera al investigador *ver-con la gente*, y a la gente *contar lo visto*.

Andando los años, en la investigación sobre el uso social de las telenovelas, eso nos permitió descubrir de lo que éstas hablan, y *qué le dicen* a la gente. No es algo que esté de una vez dicho ni en el texto de la telenovela ni en las respuestas a las preguntas de una encuesta, pues se trata de un *decir* tejido de silencios: los que tejen la vida de la gente que ‘no sabe hablar’ —y menos escribir— y aquellos otros de que está entretejido el diálogo de la gente con lo que sucede en la pantalla.

La telenovela habla menos desde su texto que desde el *intertexto que forman sus lecturas*. En pocas palabras, nuestro hallazgo fue éste: la mayoría goza mucho más la telenovela cuando la cuenta que cuando la ve, pues se empieza contando lo que

pasó en la telenovela, pero muy pronto lo que pasó en el capítulo narrado se mezcla con lo que le pasa a la gente en su vida, y tan inextricablemente, la telenovela acaba siendo el pretexto para que nos cuenten la vida.

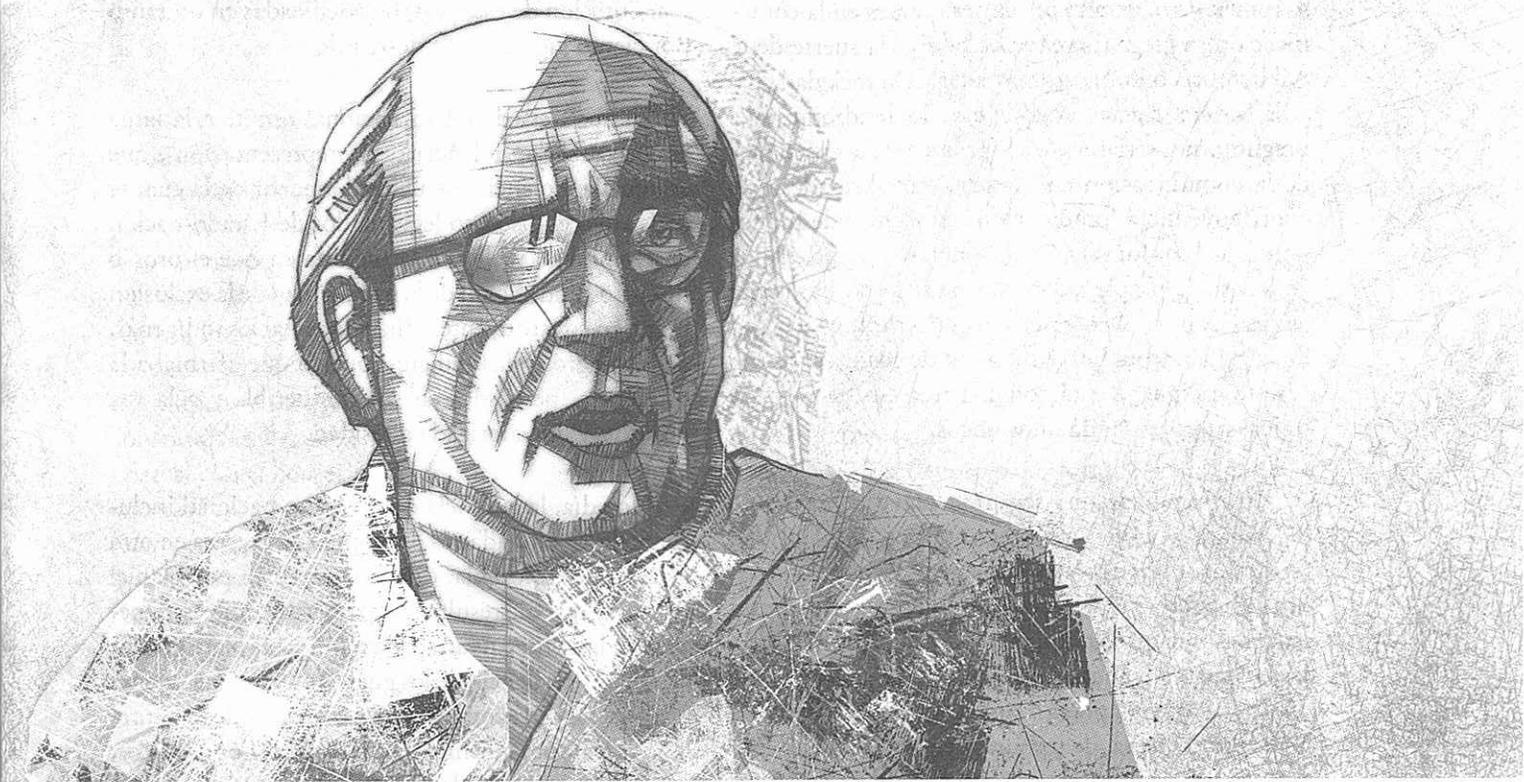
Poner este país a comunicar: de la ausencia de mito fundador a la construcción de un relato nacional

Provengo de un ámbito de reflexión doblemente exterior al campo de la comunicación: de la filosofía y de la antropología. Nada más reñido con el pragmatismo instrumental dominante desde sus inicios en ese campo de estudio que el pensamiento filosófico y nada más alejado de su obsesión disciplinaria que la apuesta antropológica contemporánea. De ahí que mi investigación haya estado dedicada en gran medida a romper las seguridades que procura el pragmatismo tecnocrático y a conectarla con las preocupaciones de la reflexión filosófica y las búsquedas de las ciencias sociales. A eso lo he llamado *pensar la comunicación desde las mediaciones*, esto es, las articulaciones de las prácticas de comunicación con las dinámicas culturales y los movimientos sociales.

Mi talante filosófico ha incomodado constantemente a los especialistas y expertos en comunicación, pues desubica tanto sus fronteras teóricas como su visión del oficio de comunicador. Y ello constituye la primera clave estratégica de todo mi trabajo: la de buscar, más allá de la legitimidad teórica del campo de la comunicación, la cuestión de su legitimidad intelectual, en cuya perspectiva la comunicación se convierte en lugar estratégico desde donde pensar los más densos procesos de la sociedad, y el oficio del comunicador se encuentra trastornado por la tensión imprescindible entre el de productor y el de intelectual.

La cuestión de fondo desborda el ámbito académico, para insertarse de lleno en la pregunta por el peso social de nuestras investigaciones en la transformación de las relaciones comunicación-sociedad. De no ser así, el crecimiento del número de escuelas de comunicación en el país, e incluso sus avances teóricos, pueden estarse convirtiendo en una verdadera trampa, en una coartada: aquella que nos permite





esconder tras el espesor y la densidad de los discursos nuestra incapacidad para acompañar e insertarse en la envergadura y gravedad de los conflictos que atraviesa nuestra sociedad y también nuestra derrota y dimisión moral.

A más de uno desconcertará la propuesta de que el comunicador se asuma como intelectual cuando su figura emblemática hoy es la del periodista absorbido por la instantánea actualidad, figura cada día más descaradamente sometida a la presión de un presente autista y a la cooptación proveniente de la 'voz de su amo', sea la de los amos locales o la de los globales de los medios. Además, y después de todo el esfuerzo puesto en nuestras escuelas de comunicación por asumir la dimensión productiva de la profesión, ¿no estaríamos devolviéndonos a la época en que el estudio se confundía con la denuncia? No es algo bien distinto.

En la medida en que el espacio de la comunicación se torna cada día más estratégico, más decisivo, para el desarrollo o el bloqueo de nuestras sociedades —como lo revela la espesa relación entre violencia

e información, la incidencia de los medios en la legitimación de las nuevas modalidades de autoritarismo populista o elitista y la presencia determinante de las nuevas tecnologías en la reorganización de la estructura productiva y de la administración pública—, se hace más nítida la demanda social de un comunicador no intermediario de los intereses mercantiles, sino mediador de las demandas sociales y las formas comunitarias de comunicación. Un mediador capaz de enfrentar las contradicciones que atraviesan su práctica. Y eso es lo que ha constituido y sigue constituyendo la tarea básica del intelectual: la de luchar contra el acoso del inmediatez de la actualidad y los legítimos pero, con demasiada frecuencia, bastardos intereses del mercado y de la política, para poner un mínimo de contexto social e histórico y, sobre todo, una distancia crítica que les permita hacer comprender a los ciudadanos el sentido y el valor de lo que acontece.

Frente a la crisis de la conciencia pública entre los políticos de oficio y la pérdida de relieve social de ciertas figuras tradicionales del intelectual, hoy es indispensable que los comunicadores hagan relevo y

se tomen verdaderamente en serio, pues en la comunicación se juega de manera decisiva la suerte de lo público, así como la supervivencia de la sociedad civil y de la democracia. De lo contrario, tendremos que preguntarnos seriamente en qué medida la enseñanza de la comunicación en nuestras universidades está contribuyendo a fomentar un nuevo tipo de monopolio de la información, tan nefasto como el que concentra la propiedad de los medios en unas pocas empresas, pues al contribuir a concentrar el derecho de la palabra pública en manos de los expertos en comunicación, se está convirtiendo un derecho de todos en profesión de unos pocos.

Para finalizar, mi segunda clave y horizonte de trabajo. A quien me pregunta por mi identidad territorial, respondo desde hace años que soy latinoamericano; pero —como dije en el acto de mi nacionalización colombiana— a Colombia le debo ser latinoamericano, a este país en el que, como me dijo por escrito el poeta Carranza, me hice hombre, “hombre de lucha, de ternura y viento”. Y hace unos años escuché formular esa clave a Daniel Pécaut, en un seminario del tercer sector en Cartagena, cuando afirmó: “Lo que le falta en verdad a Colombia, más que un ‘mito fundacional’ es un relato nacional”. Se refería a un relato que posibilite a los colombianos de todas las clases y etnias, regiones, sexo y edades, ubicar sus experiencias cotidianas en una mínima trama compartida de duelos y de logros.

Un relato así es para mí aquel que logre romper y superar los revanchismos de facciones movidas por intereses irreconciliables, y empiece a tejer una memoria común. Común en la medida en que como toda memoria social y cultural será siempre una memoria conflictiva, pero anudadora, pues ésa es la gran diferencia entre la memoria artificial y la memoria cultural, que siempre opera tensionada entre los que recordamos y lo que olvidamos, ya que tan significativo es lo uno como lo otro. Colombia está necesitada de un relato que se haga cargo de la memoria común, desde la cual construir un imaginario de futuro que movilice todas las energías de

construcción de este país, hoy dedicadas en un tanto por ciento gigantesco a destruirlo.

La ausencia de relato nacional remite a la larga historia de “la violencia de la representación”, que es aquella violencia estructural a partir de la cual se construyó el discurso legitimador de Estado-nación en Colombia, y ello en la medida en que el propio discurso fundacional de la nación hizo de la exclusión un rasgo constituyente de la vida social los indígenas, de los negros y las mujeres, puesto que afirmaba la diferencia, pero sólo en su irreductible y a la vez negativa y desvalorizada alteridad.

Hoy día, la ausencia de un relato nacional incluyente de los ciudadanos del común se expresa en otra imagen de Colombia, dibujada también por Daniel Pécaut, y que me resulta tan expresiva como estremecedora: la de un país atrapado entre el bla bla bla de los políticos y el silencio de los guerreros. Pocas imágenes tan certeras de la complicidad y correspondencia entre las dos trampas que moviliza la guerra. Los políticos, atrapados en una habladuría incapaz de hacerse cargo de la complejidad de los conflictos que vive el país y la complejidad sociocultural de sus demandas. Y junto a esa inflación de la palabra política —y a más inflación, menos valor—, junto a tanta palabra hueca, se alza el silencio de los guerreros. Ése que manifiesta el hecho de que muchos, muchísimos de los miles de asesinatos que aquí se producen cada año no sean reclamados, no merezcan la pena de ser reivindicados, es decir, no tengan relato. Se tiran los cadáveres en el campo, al borde de las carreteras, o en las avenidas urbanas, y lo único parecido a una palabra son las marcas de la crueldad sobre los propios cuerpos de las víctimas. Silencio tenaz de los guerreros de un bando y de otro, y del otro también.

Silencio tanto o más sintomático que la impunidad, pues el que no haya una palabra que se haga cargo de la muerte inflingida tiene quizá una resonancia más ancha que el hecho de que no se juzgue al asesino, ya que habla del punto al que ha llegado la ausencia de un relato mínimo desde el que podamos dotar de algún sentido a lo insostenible de la muerte de miles de nuestros conciudadanos. Pero ¿cómo compartir los duelos si no podemos llorar juntos, si ni entre los académicos y los intelectuales estamos

de acuerdo en cuál es el mínimo que para nuestro país es lo insostenible?

Ésa es la tarea absolutamente prioritaria de los comunicadores en Colombia, y de sus investigadores de la comunicación: tejer los relatos en que los que este país pueda de veras comunicar. Y para ello se torna más que nunca expresiva la polisemia en castellano del verbo *contar*. Contar significa narrar historias, ser tenidos en cuenta por los otros y hacer cuentas. Es decir, en ese verbo tenemos la presencia de las tres dimensiones del comunicar y sus dos relaciones constitutivas. Primera, la relación del contar historias, relatos, con el contar para los otros, el ser tenido en cuenta. Para *ser reconocidos* necesitamos *contar nuestro relato*, ya que no existe identidad sin narración, pues ésta no es sólo expresiva, sino constitutiva de lo que somos, tanto individual como colectivamente. Y, sobre todo en lo colectivo, las posibilidades de ser reconocidos, tenidos en cuenta, esto es, de contar en las decisiones que nos afectan, dependen de la capacidad que tengan nuestros relatos para dar cuenta de la tensión entre lo que somos y lo que queremos ser. Que nadie confunda esto con la maldita obsesión por la 'buena imagen', que tanto preocupa a los políticos y a muchos comunicadores colombianos, como si se tratara de la honra familiar que a toda costa, y con la mayor hipocresía, debemos defender.

De lo que estoy hablando no es de hacer show de lo mejor que creemos ser, sino del relato que nos cuenta, esto es, que da cuenta de lo que somos, lo cual no implica tampoco ninguna pretensión positivista de objetividad o realismo: hay más historia y 'verdad' de Colombia en Cien años de soledad o en la Virgen de los sicarios que en la mayoría de los manuales de redacción que se estudian en nuestras escuelas.

Y segunda, la relación también constitutiva, pero perversa, del contar relatos con el hacer cuentas, es decir, con el negocio y el más desocializador y desnacionalizador mercado, mediante lo cual las narrativas periodísticas o de ficción, que nos acompañan cotidianamente de los medios masivos, y que deberían estar posibilitando comunicarnos entre regiones, entre culturas, entre clases sociales, se hallan dedicadas —con rarísimas excepciones— a todo lo contrario: a explotar comercialmente nuestro

morbo de espectadores que se solazan en la crueldad de los victimarios y el dolor de las víctimas; así como a taponar con el ruido procedente de la saturación informativa o con la desinformación, los gritos y las señas con que intentamos comunicarnos ciudadanamente los colombianos.

A esto, "sin querer queriendo", contribuye un Estado que, por un lado, se niega a regular mínimamente el funcionamiento perverso de unos medios que cada día con más descaro se desligan de sus responsabilidades de servicio público, responsabilidades que siguen teniendo vigencia según la constitución de este país, para dedicarse al craso de los negocios. Por otro, poniendo todo tipo de trabas al crecimiento y afianzamiento de los medios comunitarios de radio y televisión, como cuando se niegan nuevas frecuencias de radio comunitaria a las ciudades o cuando en toda ilegalidad el Estado impide la conexión entre emisoras comunitarias que buscan tejer país desde sus rincones más apartados y abandonados, mientras las emisoras comerciales pueden conectarse o encadenarse en los modos que quieran y para lo que les dé la gana.

Y termino. Quizá la experiencia más dolorosa y estratégica de lo que debe significar comunicación en Colombia nos venga de la del desarraigo que viven nuestros millones de desplazados, de emigrantes y exiliados, a medio camino entre sus universos campesinos y el actual mundo urbano, cuya racionalidad económica e informativa disuelve sus saberes y su moral y devalúa su memoria y sus rituales. Para ellos hablar de comunicación es hablar de reconocimiento y de un doble campo básico de derechos que están por impulsar: primero, el derecho a la participación, en cuanto capacidad de las comunidades y los ciudadanos a la intervención en las decisiones que afectan su vivir, capacidad que se halla hoy estrechamente ligada a una información veraz y en la que predomine el interés común sobre el del negocio; y, segundo, el derecho a la expresión en los medios masivos y comunitarios de todas aquellas culturas, poblaciones y sensibilidades mayoritarias o minoritarias a través de las cuales pasa la ancha y rica diversidad de la que está hecho este desgarrado pero, como pocos, creativo país.

Bogotá, 4 de mayo de 2005

